

⁶ Di una noticia de este autor y un resumen de su obra en un artículo de Archivo Hispalense recogido después en el volumen misceláneo Crisis y decadencia en la España de los Austrias. El padre Herrera Puga se basó, en parte, en su relato para escribir Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro, citada con frecuencia por Maravall (que, por cierto, en algunas ocasiones, por citar de memoria, llama Pedro de la Puente al P. Pedro de León). Pero no aprovechó la edición completa del manuscrito realizada por el P. Herrera con el título Grandeza y miseria en Andalucía. Testimonio de una encrucijada histórica (1578-1616). Granada, 1981. De esta edición proceden las citas alegadas en el texto.

⁷ El 27 de la edición antes citada.

⁸ La transcripción del P. Herrera dice matadores, pero debe decir metedores, o sea, contrabandistas, una actividad muy acorde con la situación y el ambiente de la Serrezuela. El topónimo existe todavía.

También habla de actividades agrícolas, detalle que no concuerda con lo que sabemos o creemos saber acerca de los pícaros y que nos invita a ser prudentes antes de sacar conclusiones.

tras que apenas han suministrado temas a la creación literaria. En otros casos hay una adecuación perfecta entre la investigación histórica y el tratamiento literario, que se complementan y se iluminan recíprocamente. Este es el caso de los moriscos. Los pícaros figurarían en un tercer grupo; han sido materia prima de la fabulación literaria, pero apenas hay sobre ellos investigaciones, testimonios históricos, documentales. Tenemos muchos tipos literarios de pícaros; por mucha dosis de realismo que atribuyamos a los autores son creaciones imaginarias, no personas reales y concretas. De aquí el interés de las memorias del misionero jesuita Pedro de León⁶, parcialmente utilizadas por Maravall. El padre Pedro de León vivió en la Sevilla de fines del siglo XVI y comienzos del XVII e hizo largas estancias en dos lugares donde la picaresca podía observarse en estado químicamente puro; la Serrezuela y las almadrabas de la costa gaditana. No había mejores observatorios, y como la obra del misionero jesuita no es una novela sino una crónica de rigurosa objetividad, no hay fuente comparable a ésta para el estudio del mundo de la picaresca.

La Serrezuela era un paraje situado cerca de Dos Hermanas, en el camino de Sevilla a Cádiz, donde después de la llegada de las flotas de las Indias se montaba una especie de feria o mercadillo al margen de las regulaciones oficiales. El padre Pedro no alude a esta circunstancia, que sin embargo me parece esencial, porque la picaresca se sentía atraída por lugares donde era posible obtener alguna ganancia sin someterse a un trabajo regular. En un capítulo de sus *Memorias*⁷ el P. Pedro describe la visita que hizo a dicho lugar acompañado por un jesuita inglés, sin duda de los que la Compañía mantenía en el Colegio Inglés de Sevilla:

«Es (la Serrezuela) un pago de viñas adonde se junta muy grande cantidad de gente de mala vida, foragidos, metedores⁸, ladrones y jugadores, hombres a quienes se pasan los dos y los cuatro y muchos más años sin confesar ni acordarse de que son cristianos. Los más de ellos son vagabundos, que no viven de otra cosa sino de andar de heredad en heredad por aquellos pagos jugando y comiendo de lo que ganan, y si pierden y no tienen qué comer nunca les falta entre los otros, porque hoy por tí y mañana por mí juegan hasta las camisas, quedándose a veces en cueros vivos, y otras veces juegan la comida que tienen para aquel día, y tal vez ha acontecido haberles ganado una vez y dos la olla que tenían para comer y tornársela de lástima el que se la había ganado, y tornarla a jugar y a perder y dejarlo a diente sin darle bocado. Finalmente, ellos son como moros sin rey. Cátalos en esta heredad, cátalos en esta otra, y por mal nombre los llaman Vergas, para decirles Vergantes, y con esto se entienden, y cuando quieren decir de alguno que es una buena pieza dicen que buena verga es fulano. Cada día se arman de pependencias y la justicia de Dos Hermanas cuando vienen a prenderlos, no a cogerlos, y si lo cogen no hay averiguarse contra ellos nada, porque unos y otros se guardan bravamente las caras... Esta, pues, es la calidad de la gente, y no es tan poca que no pase de mil hombres los que andan por aquellas haciendas, que son muchas y muy grandes, y no hay otra gente que se atreva a parar por allí sino ésta, que de ordinario es de Extremadura, y lo más dellos de un pueblo que se llama Don Benito, y de otros por allí cercanos».

Continúa el padre refiriendo el fruto que, a pesar de todo, sacó de aquellos hombres en apariencia refractarios a todo intento evangelizador; no pocos se confesaron «con mu-

chas lágrimas», lo que confirma algo que por otra parte es bien sabido: que la huella de la educación religiosa y la presión del entorno eran tan fuertes que incluso aquellos que parecían más refractarios conservaban unas creencias soterradas que afloraban cuando la ocasión lo exigía. Lo que debe tenerse en cuenta antes de afirmar la irreligiosidad del pícaro.

Otros tipos de pícaros sacados de la realidad viviente nos suministran los relatos sobre las almadrabas que el duque de Medina Sidonia tenía en la costa gaditana, «cátedra de la picardía», según Cervantes; pero este es asunto más conocido y al que no voy a referirme. Serían de enorme interés autobiografías o memorias de pícaros auténticos, de las que carecemos. El pícaro auténtico era ágrafo, lo que concuerda con su bajo nivel cultural; en las novelas habla profusamente de su vida y milagros, pero eso no era más que un recurso literario⁹. Descripciones como las del P. Pedro de León son de extraordinario valor; sin embargo, rara vez permiten profundizar en la psicología individual. Se podrían poner a contribución las fuentes judiciales; las inquisitoriales son las que más nos permiten calar en la intimidad de las conciencias porque la incomunicación, los repetidos interrogatorios y otras técnicas intimidatorias sabiamente manejadas acababan por derrumbar las barreras mentales del reo. No es fácil identificar pícaros entre los miles de procesados por el Santo Oficio, porque éste no se cuidaba de materias doctrinales y el abandono de la práctica religiosa no incumbía al Tribunal sino a los párrocos, que tenían pocos medios de controlar a algunos individuos cuya existencia irregular e itinerante los sustraía a todo control. Sin duda hubo pícaros encausados por delitos contra las costumbres, que, por una extensión abusiva, habían caído dentro de la órbita de aquel Tribunal; por ejemplo, la bigamia. Tal vez por este camino se pueda rastrear algo, aunque es dudoso que el fruto corresponda al esfuerzo.

Más se podría esperar del examen de las causas de los tribunales civiles, pues en la grey picaresca abundaban las querellas, estafas, hurtos y otros delitos. Al pícaro no se le puede identificar con el criminal, pero su conducta rozaba muchas veces los límites de la criminalidad, y de ahí que no raras veces se hiciera acreedor a penas afrentosas: azotes, galeras, horca. Hay, pues, esperanzas de hallar pícaros auténticos, reales, en las fuentes judiciales, y tenemos ya algunas monografías que pueden interesar a este tema¹⁰. Sin embargo, no hay que concebir demasiadas esperanzas, porque las fuentes judiciales son mal conocidas, sus fondos suelen estar muy desordenados y en gran parte han desaparecido. En *Lawsuits and litigants* Richard Kagan se lamenta y extraña de la casi total desaparición de los procesos instruidos por la justicia municipal. En efecto, es un hecho extraño y de difícil explicación; tal vez, por la misma naturaleza de sus fondos se ha creído que era menos interesante su conservación. En Sevilla quedan algunos procesos en el Archivo Municipal. El de la Audiencia ardió a comienzos de este siglo y sólo se salvó una mínima parte de sus papeles, por lo que aquella abigarrada turbamulta con la que convivió Cervantes y que describieron Chaves y el P. León sigue siendo para nosotros una masa confusa en la que no podemos aislar al auténtico pícaro del criminal empedernido y del honrado burgués preso por deudas, como fue el caso del autor del *Quijote*. No obstante, hay que perseguir este rastro si queremos llegar a una fructuosa con-

⁹ Hay alguna rara excepción, como el Libro de la vida y costumbres de D. Alonso Enríquez de Guzmán (N.B.AA.EE.CXXVI). Pero coincido con J.A. Maravall en que D. Alonso era más bien un «caballero apicariado» que un auténtico pícaro.

¹⁰ Por ejemplo, *Penal servitude in early Modern Spain*, de Ruth Pike (Madison, 1983) y las monografías de tema carcelario. Recuérdese cuánto ha contribuido a que conozcamos mejor el sentido de la obra de Mateo Alemán el artículo de Bleiberg sobre la actividad que desarrolló en la mina de Almadén, el más temible centro penitenciario del Antiguo Régimen.

frontación entre el pícaro literario y el que arrastró su asenderada existencia por los caminos reales y las ciudades de la geografía hispana.

Hubo una pseudopicaresca rural, mal conocida, y que bien merecería un estudio especial. Estaba formada por muy variados tipos: unos explotaban el tema de la salud, como los ensalmadores, saludadores y curanderos; otros, los apremios de la vida rural: los loberos, los conjuradores de nublados, descendientes de los *tempestarii* clásicos, los capadores o bien practicaban la venta ambulante. No pocos se revestían de formas religiosas, a veces sinceras pero con frecuencia pretexto para una vida suelta y holgazana: ermitaños, peregrinos, demandaderos de famosas imágenes, etc. Sin embargo, la picaresca clásica era urbana, por una serie de razones que Maravall ha resumido con gran acopio de erudición: facilidades para procurarse el sustento, empleos apropiados a las costumbres picarescas, entre los cuales hay que anotar en lugar destacado el servicio personal: abundancia de limosnas, a las que se podía acudir si las cosas venían muy mal. Yo destacaría entre los motivos de la preferencia por el marco urbano la falta de control. En las grandes ciudades se podía entrar y salir, avencindarse y desavencindarse sin ningún control. No se llevaban padrones. Hasta las reformas de Carlos III puede decirse que la policía urbana fue inexistente. En suma, la ciudad era el caldo de cultivo más adecuado para la vida picaresca.

No todas las ciudades, sin embargo. En el norte sólo hay alguna que otra mención de Bilbao, centro mercantil y algo cosmopolita. Eran aquellas ciudades nórdicas harto pequeñas (menos de cinco mil habitantes), de economía no muy boyante, bien provistas de hidalgos pobres y mal de ricos caballeros. Ni siquiera para Santiago de Compostela, a pesar de su capitalidad, de la afluencia de romeros y de su población estudiantil tenemos referencia alguna sobre pícaros.¹¹ La geografía picaresca tiene como centro a Sevilla, y luego a Madrid; a continuación, Córdoba, Granada, Málaga, Toledo, Valencia y Zaragoza. La decadencia urbana del siglo XVII tuvo que repercutir en la decadencia de la picaresca; pero no debió ser esta la única causa; en otras ocasiones he manifestado mi creencia de que el permanente acoso que sufrieron los *vagos y mal entretenidos* bajo los últimos Austrias tuvo que cooperar a dicho resultado. El acoso provenía de consideraciones morales (lucha contra los *pecados públicos*, considerados como origen de la ira divina y de los males de la nación) y de las necesidades militares, que ante la falta de soldados voluntarios obligaba a multiplicar las redadas de individuos considerados perniciosos y antisociales.

Así se explicaría la brusca interrupción de la literatura picaresca a mediados del siglo XVII, a pesar de que por entonces atravesó España la más tremenda crisis social de los tiempos modernos; con tremenda intensidad sufrió el azote de las tres plagas bíblicas: hambre, peste y guerra, con su cortejo de miseria, desarraigo, familias rotas y otros factores que debían propiciar el desarrollo de la picaresca. Pero también puede pensarse que si la literatura picaresca desapareció no fue por falta de modelos. Recordemos que no fue el único género literario que desapareció en aquel siglo XVII que comenzó tan lleno de savia y terminó en el más completo anquilosamiento; la lírica, la mística, el drama, la historia, o desaparecieron o quedaron reducidos a la mínima expresión ¿Qué tiene de extraño que también desapareciera la novela picaresca? De hecho, sus últimas produc-

¹¹ Llama la atención la inexistencia de toda referencia a grupos marginados en la documentada monografía Santiago y la tierra de Santiago de 1500 a 1640 de Juan Eloy Gelabert (*La Co-ruña*, 1982).